



Seix Barral

Elena Poniatowska

Nada, nadie

Las voces del temblor

© 1988, Elena Poniatowska
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: julio de 2023
ISBN: 978-607-39-0378-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

JUEVES 19 DE SEPTIEMBRE, 1985

7:18

El sol y los mexicanos están levantados desde hace bastante tiempo. Mi ventana, equipada con un fino mosquitero, está abierta; la mañana es aún fresca. Debido al cambio de horario de Europa a México; estoy despierto desde hace unos minutos (¡cosa rara para quien me conozca!).

En pleno centro de esta monstruosa megalópolis de 18 millones de habitantes y de 600 kilómetros cuadrados, hace dos días vivo en un encantador hotelito. Está situado a un paso del Paseo de la Reforma. Del otro lado del Paseo de la Reforma se encuentra la «Zona Rosa». Subiendo hacia el ángel dorado de la Independencia que domina la plaza (que el sismo de 1957 hizo caer de su pedestal), se extiende el centro histórico de México: una inmensa plaza, el Zócalo, el Palacio Nacional, la Catedral, las Secretarías, las grandes tiendas, los hoteles, algunos más recientes que el mío.

7:18.30

Ignoro todavía si hice una buena elección escogiendo este encantador edificio rosa de tres pisos, construido a la espa-

ñola, con su patio, su ancha escalera de piedra que conduce a cada piso, su *hall* equipado de sillones y divanes de cuero y en el rincón una televisión. Sin lujos pero confortable. Mi cuarto está en el primer piso.

El ruido de la ciudad sube hasta mí. Los alumnos están en clase desde hace diecinueve minutos, pero los empleados se dirigen hacia sus trabajos.

La circulación es intensa como de costumbre. México es una de las ciudades más contaminadas del mundo. No solamente por el humo de las fábricas y los gases que se escapan sino también por el ruido. Aquí no está prohibido el claxon y se toca en una forma muy latina.

7:19

De pronto un crujido sordo. Estoy sobre la cama y siento como un vértigo pasajero. Mientras que el crujido de la tierra crece, tengo la leve impresión de que mi cama se mueve. La puerta del baño, que se había quedado abierta, golpea contra el marco sin volver a cerrarse, después se pega contra el muro. Por un momento, todavía sin despertar bien, me pregunto quién entró. ¿La empleada, probablemente creyendo que yo ya me había ido? Escucho un ruido de vasos que chocan, y la luz que dejé prendida sobre el lavabo se apaga.

7:19.30

«Caramba», por supuesto, es un temblor. Eso es frecuente en México. Inmediatamente vuelvo a la impresión que tuve durante el sismo de la Navidad de 1969 en la Martini-

ca. No sólo mi cama, sino todo se mueve: la puerta golpea como si alguna mano invisible tratara de cerrarla; la empuja con fuerza, la empuja hasta el hartazgo, la mesa, el sillón. Mi radio se cae del buró. Un ruido de vidrio roto en el cuarto de baño.

7:20

Bueno, esperemos. Esto tiene que terminar. Es entonces cuando un golpe sordo, de una violencia inusitada, sacude el muro que está atrás de mí.

De la ventana me llega un ruido lejano de vidrios rotos. Descubriré más tarde, en la calle, que se trata de los vidrios de los edificios vecinos.

Los golpes frecuentes sacuden mi muro, toman un ritmo de metrónomo, aproximadamente cada cinco segundos.

Esta vez estoy en el camarote de un velero en mar abierto y con mal tiempo, con cabeceo y balanceo.

El ritmo de golpes monstruosos se acelera. Trato de levantarme. Imposible estar de pie sin asirse a la pared o a la cama.

7:20.30

Desde este instante pierdo la noción del tiempo. Solamente después de terminado el terremoto sabré que duró casi dos minutos, con una intensidad de 8 grados en la escala de Richter (¡graduada solamente hasta 9 grados!).

Por la ventana el espectáculo es terrorífico. Los coches estacionados caminan hacia adelante, hacia atrás, chocan

entre sí. Los cables eléctricos se estiran, se contraen, se azotan centellando.

Pero lo peor son los edificios de doce y catorce pisos que nos rodean y que se mueven de izquierda a derecha frente a mí, con una amplitud de varios metros.

Entonces comprendo que los golpes que sacuden el hotel están provocados por el movimiento de balanceo del edificio que está junto a éste. Creo recordar que es cuatro veces más alto (verificación hecha, resulta ser más o menos de catorce pisos).

Mi hotel y la torre vecina se mueven de manera arrítmica.

Cuando el hotel se inclina hacia la derecha, la torre se inclina hacia la izquierda, y se alcanzan a tocar al repetirse el movimiento con una intensidad más y más fuerte.

Las personas que pasan por la calle se agrupan en medio de ésta. No se pueden tener en pie. Yo tampoco. Dos policías se agarran de sus cinturones. Los otros se detienen de las manos, de los hombros, atrapados por un extraño bailoteo de San Vito.

7:21

Espantado, me vuelvo a acostar.

Estoy en una coctelera, movido por la mano maestra de un cantinero cuya energía aumenta constantemente.

En el muro, los cuadros se vuelven manecillas de reloj. No queda nada encima del buró, ni sobre las estanterías. En mi cuarto hay un amontonamiento de artículos personales, de libros y periódicos. Trepidaciones, choques ensordecedores, se ondula el suelo, la puerta de entrada se entreabre más y más; a decir verdad empiezo a angustiarme.

7:21.30

Alargado sobre mi cama, veo el techo. Se agrieta. Pequeños pedazos de yeso caen del techo y de los muros. Un olor a polvo invade mi recámara.

Desde que empezó el sismo me parece una eternidad.

No pienso en nada.

Espero acostado.

Miro el techo.

Poco a poco tengo la seguridad de que éste se va a derrumbar por el peso de la torre vecina, es decir, empujado por los muros del hotel.

7:22

Es en este momento cuando tomo conciencia de que el edificio de al lado ya no golpea detrás de mí. También me doy cuenta de que la cabecera de mi cama se mece. El hotel y la torre se balancean ahora al unísono.

Aunque esto parezca extraño, sigo sin pensar en nada. Ni actor, ni siquiera espectador. Fuera del tiempo y del espacio de mi recámara. ¿Inconciencia? ¿Seguramente falta de valor!

De pronto se me ocurre que debería yo de estar desenrollando la película de mi vida, pensando en las personas que quiero.

Nada de eso. Una profunda ansiedad, egoísta. Como anestesiado por la intensidad del cataclismo.

7:22.30

Esta vez, pienso en mí.

Titubeando me levanto y encorvado voy hacia el marco de la puerta, me acuerdo de que es allí en donde se está un poco resguardado, esta infraestructura puede resistir el peso de un derrumbe.

Poco a poco, tengo la impresión —pero mi deseo, ¿es verdaderamente realidad?— de que el movimiento realmente disminuye. Unos instantes más y esto es cierto.

Me siento todavía a destiempo, pero sólidamente protegido bajo mi puerta.

La calma vuelve. Espero todavía bastante, pensando que puede volver a empezar. ¿Cuánto tiempo? Lo ignoro.

7:23

Se acabó: ya nada se mueve.

Ningún ruido del exterior.

Me dirijo rápidamente a la ventana.

Los sobrevivientes se abrazan en medio de la calle.

Yo no tengo a nadie a quien abrazar.

Me visto rápidamente y salgo. Quiero ver. En la escalera me cruzo con los clientes del hotel. Algunos medio desnudos, lívidos. Yo debo de estarlo también...

Al final de la calle, el Paseo de la Reforma hierve de gente y de coches inmóviles. El espectáculo es alucinante. El silencio es extraño.

Pero estoy aún lejos de la carga de horror que me espera en los días y las noches que seguirán.

Un inmenso alivio me invade. Unas extraordinarias ganas de vivir, como para exorcizar esos cuatro minutos.

Fue hasta ese momento cuando de verdad tuve miedo. La torre vecina está todavía en pie. A la altura de la terraza de mi hotel se pueden ver las marcas de los golpes. Y descubro a pocos metros tres hoteles reducidos al estado de mil hojas de losas de hormigón y de fierro, bajo los cuales, lo sé, cientos de turistas quedaron atrapados; tengo dos sentimientos: que no me tocaba y —reflexionando— no me imaginé ni una sola vez que algo me hubiera podido suceder. Esto no es presunción, sino una profunda intuición.

De esta experiencia, dos cosas me vienen a la cabeza: el descubrimiento de la vanidad, y la conciencia de lo efímero.

A fin de cuentas nada ha sido inútil.

Que me perdonen: cuando estuve en la calle, sonreí. Sobre la manija de la puerta, había yo colgado el letrero: «No molestar».

Una hora más tarde, hubiera sido el holocausto.

La versión que Jean Miot, consejero delegado de *Le Figaro*, le da a Lola Creel, es más distante que la de los reporteros del *Unomásuno*:

A las 7:21 el tripulante de la patrulla 5214 reporta nervioso por el rastreador de la policía:

—¡Control, está temblando!

Voz anónima de otro agente:

—¡Ya despierta, mi cuate!

A las 7:22 la voz ahora angustiada del conductor de la patrulla 5214:

—Se derrumba la SCOP. ¡Mándeme todas las unidades de rescate y ambulancias de la Cruz Roja!

7:36, frente al inmóvil reloj de H. Steele, rugen en su desplome el Hotel Regis, que muere entre una nube de polvo. Y el límpido cielo matinal de la ciudad toda es ya una masa grisácea. Porque caen edificios uno tras otro. Y la tragedia va de norte a sur.

Y la ciudad se divide: gente que lo sabe y gente que no lo sabe... gente que, a toda prisa, desaloja las aulas porque la escuela se derrumba... gente que termina su ejercicio matutino y se apresta a la ducha. Parques y jardines quedan vacíos. Y gente que enfrenta la tragedia: que remueve escombros, que rescata cuerpos sin vida, que salva existencias, que con trapos y franelas desvía el tránsito de las zonas dañadas. Gente que lucha dentro de las llamas.

Antes de las cuatro de la mañana, la malla de la ciudad se aprieta de camiones, autobuses y transportistas que van cubriendo la zona metropolitana; de Milpa Alta a El Peñón, de Los Reyes a Nezahualcóyotl, de Ciudad Azteca a Texcoco, Barrientos, Ecatepec, Ciudad Labor, Moctezuma, Iztapalapa, Contreras, Cuajimalpa, Cuautitlán Izcalli, Molinito, Nadim, Chimalhuacán, más allá de Neza hacia Tlalpan, Santa Fe, La Estrella, Tlanepantla, Tultitlán, Zona Industrial de Toluca, entrando por la Súper, vía Tapo, Calzada Vallejo, Camarones, Central, 2500 kilómetros cuadrados son recorridos de una punta a la otra en pesero, combi, minibús, ferrocarril suburbano, «tolerado», autobús foráneo o urbano, metro, moto o bici, de aventón o como se pueda, por hombres y mujeres que van a la chamba, niños y niñas que van a la escuela; la red vial lo atrapa todo, es la X de México la que rayan una y otra vez en un crucigrama gigantesco de 18 millones (nacen 560 mil capitalinos cada año), cruz, cruz, cruz, la misma que Cristo cargó en

su camino de la cruz, la de la misa de siete en la Sagrada Familia en Puebla y Orizaba, la de la Coronación en el Parque España, la de San Juan Bautista en Tacubaya, la de Nuestra Señora de Fátima en la colonia Roma, por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos líbranos señor Dios nuestro, la larga letanía amodorrada de los persignados se esparce también en el Centro Médico, Natalia Cruz la enfermera se dispone al cambio de turno, dentro de cinco minutos les toca a las otras. A los enfermos les gusta verlas entrar; sus rostros frescos reemplazan los nocturnos; empieza la charla cariñosa: «¿Qué tal amaneció? ¿Pasó buena noche? Hoy le toca gelatina». Un nuevo día, uno más, hacia la recuperación.

En Tlanepantla, la familia Pérez Cruz se hace cruces: «A las cuatro de la mañana caliente un poco de café o de hojas para no salir con el estómago vacío», dice Martina Pérez Cruz. «Salimos a oscuras. Si no instalamos el puesto temprano perdemos la venta de los trasnochados». Vienen a diario a poner su puesto de tacos en la Plaza de Toros de la Ciudad de los Deportes. «Damos mole de olla, de cola de res, frijoles charros, pambazos y flautas, y no es que le presuma pero todo bien rico». Cada día son más grandes las distancias, cada día más lento el trayecto: «Hago dos horas y media y cuando me va bien, dos —dice Jorge Múgica, tornero que vive en la colonia Pólvora—, transbordo tres veces. Cuando me toca ir colgado afuera, me alegro porque me ahorro los tres pesos del pasaje. Camino un kilómetro hasta el taller y me gusta porque a esa hora pienso en mi casa y en mis hijos que están durmiendo».

Jesús Zavala, proveniente de la Cuchilla del Tesoro, calle Poniente 8, manzana 12, lote 11, informa: «Me paro a las cinco de la mañana y si hay tiempo, mi mujer me da de desayunar, y si no, así me quedo, con la panza de farol

hasta que llego al trabajo. Espero 15 o 20 minutos el camión en la avenida Texcoco, pero si viene muy lleno, me trepo en el que sigue y así me voy hasta Francisco del Paso donde espero a que otro me lleve hasta Nativitas. Ya luego nomás camino para acá unas ocho cuadras. Es por eso que tengo que madrugar, porque los camiones vienen bien llenos y allí va uno a los puros arrempujones, pero no nos queda otra, ¿no?».

La luz bonita del amanecer ni quien la recuerde. El sol no se ha ni levantado cuando ya la cantidad de motores aumenta la nata que se quedó flotando en el aire desde ayer, desde hace muchos días. Es una cachucha de mugre la que cubre nuestra ciudad. Silvia y José Luis Vital despiertan a las cuatro: «¿No puedes dormir?», le pregunta José Luis a su mujer. «No, no puedo». Platican y a las seis de la mañana él inquiera: «¿No te vas a parar a bañarte?». «No, no tengo ganas siquiera de ir a trabajar». Al cuarto para las siete José Luis le insiste a su mujer: «Ándale pues, ya». «No, no voy a ir». Silvia trabaja en Ginec obstetricia del Hospital General. «Faltaste el 16». José Luis trabaja en la Secofi. «Si te quedas tú, nos quedamos los dos, ninguno va a trabajar». Silvia entra antes que José Luis; se viste muy aprisa y cierra la puerta de la calle. José Luis, como siempre, lleva a los chavitos a la guardería, ¡qué día tan feo, a ver si se compone!

En su departamento de Tehuantepec 12 en la colonia Roma, Judith García le dice a su segundo hijo: «Rodrigo, apúrate, es hora de que te levantes; parece mentira que Estrella que es más chiquita que tú ya esté en la cocina tomando su fruta». Rodrigo tiene el sueño muy pesado. En el mismo edificio, su vecino el ingeniero Raúl Pérez Peryra le ofrece a su mujer: «Yo llevo a la escuela al niño, Elvira, no te preocupes». En el edificio Nuevo León de Tlatelolco,

Gloria Guerrero le saca su ropa a Gabriela; Alondra, su gemela, todavía está dormida.

Como todos los días, Lucas Gutiérrez llega a abrir el restaurante de 33 mesas y reservados a lo largo del muro, el «Super Leche» que su padre fundó en 1949 —dice Elena Alonso—. El personal (30 meseros, cocineros y galopinas) empieza a trabajar; a las siete en punto se abren las puertas del número 41 de San Juan de Letrán, ahora Eje Central Lázaro Cárdenas, esquina con Victoria, y entra la clientela habitual. A las 7:10 hrs., Lucas, contra su costumbre, avisa: «Voy a la farmacia a inyectarme». Tiene gripa. Al pasar junto a la mesa de salida oye a una niña de trenzas muy bien alisadas pedir: «Yo chocolate y bísquets». A las 7:18, un ruido extraño, seguido de una fuerte sacudida, atemoriza a la gente, alguien grita: «Tranquilos, está temblando, pero no pasa nada». Al intensificarse el movimiento, uno de los meseros suelta la cafetera y sale corriendo, acompañado por un aterrado turista argentino. Desde la acera de enfrente ven cómo se abre un hoyo en el suelo por donde desaparece el restaurante junto con el edificio de departamentos donde viven más de trescientas personas, igual que si una gigantesca aspiradora lo hubiera succionado. Incrédulos, incapaces de moverse, oyen el estallido de los tanques de gas, ven cómo un humo negrísimo tapa el sol, el cielo, la tierra.

Tres cuadras más hacia el centro se desploma el edificio de la Procuraduría y en la calle Victoria, la Central de Teléfonos. En la avenida Juárez, el Hotel Regis, el Conalep en Humboldt cercano a Balderas, el Hotel Romano en Artículo 123 es un gigantesco mil hojas, la torre maestra, la antena de Televisa y Televisa, el Centro Médico, el Hospital Juárez, el General, el edificio Nuevo León en Tlatelolco, la Secretaría del Trabajo en Río de la Loza, la Secretaría de

Comunicaciones, el Multifamiliar Juárez, la Secretaría de Comercio, la de Marina, Tehuantepec 13, Bruselas 8, el Versailles, el Hotel de Carlo, el Hotel Principado vecino al De Carlo, en José María Iglesias, la Secofi, la colonia Roma, la Doctores, las vecindades de Tepito, Guerrero y Morelos, cinco subestaciones de la Comisión Federal de Electricidad, todo se ha venido abajo.

La ciudad está cubierta por el polvo, que raspa la garganta, sale de cientos de edificios; asfixia el polvo, lo cubre todo. Aterrados, los madrugadores tratan de abrirse paso en medio de esa neblina café, terrosa. De pronto, una voz: «Está ardiendo el Regis». Alguien ha prendido a todo volumen un radio de transistores, en un coche estacionado. El locutor anuncia: «Se acaba de caer una parte del conjunto Pino Suárez, el “Super Leche” es un montón de escombros».

—Yo ya no soy nadie.

Silvia Reyna

Ya me iba a trabajar —dice José Luis Vital— cuando una persona que vive en mi calle le dijo a Gloria Pallares, nuestra vecina, en una forma muy, muy callada:

—Oye, se cayó Ginecología. —Gloria se volvió hacia mí:

—Córrele, José Luis, porque se cayó Gine...

Y que me echo a correr. Llegando a la Cuauhtémoc me detuve: «Bueno, no tengo por qué correr ni desesperarme, Silvia acaba de salir, no pudo haber llegado». Y sí, adelantito la encontré. Venía como loca, de veras, increíble, bañada en lágrimas. Ni ella sabía dónde estaba; entre toda la gente que venía, era la más desesperada. No sé si porque me vio empe-

zó a gritar: «Se cayó todo, se cayó todo, se cayó todo. Ven a ayudarnos». La abrazó. «Córrele para ver si puedes ayudar a sacarlas». Las muchachas, sus amigas. Traté de calmarla.

Al llegar al General volteeé al lugar donde estaba Ginecología, y, como si no hubiera estado nunca. Vi un altero de escombros, con perdón dije: «Ay, en la madre». Uno no es rico ni nada. Ese día estrené unos botines, ¿no?, y pensé: «Mis botas», y luego dije: «Que viva México», total si salvo una vida voy a quedar mejor que pagado. Y a puros arañazos empezamos a sacar, no sé, no sé. Cuando sacábamos muertos ni decíamos nada. Cuando sacábamos un vivo o un herido era una fiesta: «Que ya sacaron uno».

—¿Vivo?

—Sí.

—¡Eeeeeeeeh!

Llegaron los *scouts* y uno de ellos, al ver una rendija bajo una losa en medio del montón de escombros, dijo:

—Yo me meto.

Se oía un llanto. Entró el *scoutito* y sacó al niño. Al salir dijo: «Hay otro».

Se volvió a meter y se cae la losa.

Un señor, ya grande, llegó a la torre de los residentes:

—Vengo a buscar a mi hijo. Subió a los escombros y dijo:

—Aquí está mi hijo, aquí en este lugar está mi hijo, voy por gente que me ayude a sacar a mi hijo.

Se trajo a seis o siete, y otros más que estábamos allí nos juntamos a escarbar donde dijo el señor: «Aquí está mi hijo, está vivo y yo lo voy a sacar».

Sacó a su hijo muy, muy malherido, no sé si moriría después, pero lo sacó de allí, de abajo de donde dijo: «Aquí está mi hijo».

Los encabezados de los periódicos de mediodía son gritos de horror:

¡OH DIOS!, dice *Ovaciones*.

TRAGEDIA, *Últimas Noticias*, primera edición.

CATASTRÓFICO, *El Sol de México*.

TERREMOTO, *El Gráfico*.

FUE ESPANTOSO, *Novedades*.

MILES DE MUERTOS, *Últimas Noticias*, segunda edición.

El día 20 se desmenuzan los gritos. *Excélsior*, *La Jornada*, *El Día*, *Unomásuno*, *El Universal*, *Novedades*, *La Prensa*, *El Sol de México*, *El Financiero*, *Ovaciones*, *El Nacional* hablan inicialmente de cuatro mil muertos, siete mil desaparecidos, 10 mil heridos, aunque la cifra exacta tal vez nunca se sepa. Los daños son incalculables, las pérdidas multimillonarias. Los diarios hacen hincapié en que cien médicos, doscientas mujeres y un gran número de recién nacidos están atrapados en el Hospital General. Del Centro Médico, arrasado, 2030 pacientes son trasladados a otros hospitales o dados de alta precipitadamente. *El Día* elogia el heroísmo popular y la solidaridad de las brigadas de auxilio y el *Unomásuno* describe el ambiente demencial en que se mezclan los gritos, las sirenas de las ambulancias y de los automóviles policiales. El edificio Nuevo León (secciones E y F) está en el suelo doblado sobre sí mismo como pastel mal cocido; sus escombros alcanzan cuatro pisos. Encima de esta masa informe, rescatistas improvisados inician la operación hormiga.

Como hace diecisiete años, la Plaza de las Tres Culturas es un campo de batalla, en la cual se han improvisado tiendas de campaña donde familias incompletas comparten la desgracia con sus vecinos. Televisores hechos pedazos, má-

quinas de coser y de escribir, maletas, latas de conservas, mantas, sábanas, colchones, forman pequeñas pirámides. En la lavandería se van alineando los cadáveres, más de 30 en los primeros minutos. La encargada relata: «La gente corría despavorida en paños menores. El edificio Veracruz fue evacuado en un santiamén, tan grande fue el miedo de morir sepultados. Madres con hijos en brazos caían al piso. En minutos, el departamento de lavandería fue insuficiente para tantos cadáveres». No es sólo la lavandería, los cuerpos ya no caben en ningún lado. «¿A dónde los llevamos?». Las agencias de los Ministerios Públicos están saturadas de cadáveres. Ni una sola caja en las funerarias. A los heridos hay que llevarlos a nosocomios del Estado de México. En los derrumbes se forman enormes cadenas de personas de todas las edades. El cascajo y las piedras pasan de mano en mano en cubetas, cacerolas, trastes de cocina, lo que sea. El espectáculo de un brazo buscando el aire entre piedras y varillas es intolerable. La atroz conciencia de que personas vivas respiran atrapadas entre los escombros moviliza a los sobrevivientes. Vacían las tlapalerías de picos, palas y lámparas, los que no alcanzan implementos con las manos remueven la tierra. Es constante la amenaza de incendios o estallidos de gas, derrumbes y accidentes; sin embargo, a nadie se le ocurre ir a su casa.

Cada minuto que pasa, el sismo adquiere más víctimas. De boca en boca van corriendo las malas noticias. El edificio del Conalep (Colegio Nacional de Educación Profesional, en la calle de Humboldt casi esquina con la avenida Juárez) ha sepultado a cientos de muchachos. 400 alumnos por turno en varios salones de clase. En la noche, a pesar de tener que trabajar con lámparas, los bomberos logran hacer contacto con un grupo de sepultados. Les dicen que son dieciocho y pueden respirar porque el aire

se cuele por una fisura. «Que nadie se preocupe», añaden —según Jorge Escobosa Licon— los valerosos chamacos, «solamente un favor, traigan agua y comida, tenemos sed y hambre, de lo demás no se preocupen».

La Pulga, Marcos Efrén Zariñana, de no más de 1.54 de estatura, lo cual le permite entrar a túneles vedados para otros, viene de Cuautla, donde es socorrista, y salva muchas vidas, entre ellas a Abelito, a los tres días, después de dieciocho horas de excavar.

—No quedó nadita.

Una multitud se echa a la calle, una turba espantada se detiene frente a los edificios. De esa multitud se desprenden muchos voluntarios. Entran a la cadena de manos, suben a los escombros, piden un pico, una pala: las solicitudes se multiplican. «Me regreso a mi casa a traer comida y a hervir agua —dice doña Carmen—, y ahorita vengo».

—¿Qué le pasa, compadre?

—No pues es que todos los días Conchita se iba por la leche y pasaba por la esquina de la torre del Yucatán y mire cómo quedó el edificio.

—Ahorita mismo nos ponemos a escarbar y sacamos a mi comadre, ahorita mismo, ah, cómo de que no.

Muchos quedaron atrapados en las escaleras y en los ascensores, a unos cuantos pasos no alcanzados de la vida.

Los habitantes abandonan sus departamentos; salen sólo con lo puesto. Se hincan a rezar en jardines y estacionamientos.

No sabíamos aún cuántos mexicanos habían muerto, cuando el Comité Organizador de la Copa Mundial México 86 enviaba a la Federación Internacional de Fútbol, FIFA, un cable el mismo jueves 19 de septiembre informándole que no obstante los trágicos acontecimientos provocados por el terremoto, los escenarios destinados a la competencia no habían sufrido daño alguno. Ni el Estadio Azteca ni el México 68 de la Ciudad Universitaria, resintieron el movimiento, como tampoco las oficinas del mismo Comité ni los centros de información y prensa.

El cable habla de la «mejor disposición del Comité Organizador de México para continuar con su labor con la normalidad acostumbrada».

Sevilla, España, 19 de septiembre (Efe). No se suspenderá el Mundial por el terremoto: Guillermo Cañedo.

Río de Janeiro, 19 de septiembre (Efe). La FIFA realizó hoy una reunión de urgencia en Río de Janeiro con la presencia de su presidente y, al término de la reunión, Abilio Almeida (del comité organizador de México 86), declaró que no se puede cambiar de sede cuando faltan nueve meses para el inicio porque todo está preparado para recibir a los equipos y al turismo.

Las zonas de Tepito, La Merced, La Lagunilla y la Morelos están muy dañadas. El pavimento del arroyo de la Avenida Circunvalación se levantó formando montañas de escombros. Se calculan 1 500 muertos.

La nave mayor del mercado de La Merced sufrió la caída del primer piso, dañando algunos automóviles. Las autoridades ordenan el cierre de los mercados Mixcoac, Ampudia, Flores, anexo, nave menor y nave mayor de La Merced, para evitar tragedias personales.

A las seis de la mañana entran a trabajar, en talleres clandestinos del centro, humildes costureras en edificios viejos y sin mantenimiento que se derrumban por la sobrecarga de maquinaria y de telas. San Antonio Abad parece una calle bombardeada. Un individuo con actitudes de patrón intenta romper el cerco policiaco para rescatar facturas, mientras los médicos improvisan camillas con los rollos de tela diseminados entre los escombros.

—No es nada m'hijo, no es nada.

«Nos faltan sueros, jeringas, vendas, equipo de venoclisis, benzal, material de sutura, antibióticos, merthiolate», dicen los estudiantes de la Facultad de Medicina de la UNAM y del IPN encargados de un puesto de socorro en la colonia Roma.

La sede de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, de cinco pisos, en Fray Servando Teresa de Mier esquina con Doctor Vértiz, se derrumbó por completo. Están atrapadas por lo menos quince personas, algunas vivas porque contestan a las llamadas de sus compañeros. Sin embargo, no se pueden hacer maniobras para rescatarlas porque no hay maquinaria adecuada para remover las toneladas de concreto.

Una de las torres del conjunto Pino Suárez giró tres cuartos de vuelta sobre su eje vertical y acostó sus catorce niveles a ras del suelo. Otras torres del mismo conjunto muestran un inicio claro de giro.

La Procuraduría del Distrito Federal, las Juntas de Conciliación y Arbitraje, en la colonia de los Doctores, las dos torres de los juzgados de lo civil en Niños Héroe, quedan inservibles. En el eje central Lázaro Cárdenas un gran número de socorristas luchan por rescatar a emplea-

dos de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes (SCT); los cuatro últimos pisos se derrumbaron. A las ocho horas surgió un incendio en la torre central de Telecomunicaciones que cortó todos los servicios por télex, telefonía y larga distancia internacional. En los pisos destruidos quedaron cinco muertos. Los heridos fueron rescatados por el cuerpo de bomberos, que subió con escaleras.

En pésimas condiciones, prácticamente desplomada (oh, ironía), la Secretaría de Protección y Vialidad tuvo que mudarse al corralón de Tlaxcoaque. La Secretaría de Hacienda y Crédito Público y la Asociación Mexicana de Bancos informaron que 71 edificios de sus 902 están seriamente dañados. La de Comercio y Fomento Industrial (Secofi) es un polvorón de escombros.

Hace menos de una semana el Hotel Regis celebraba sus 71 años de fundado, con el Día del Huésped. Estaba ocupado en un 90 por ciento. Aún quedan 60 personas atrapadas.

El Hotel Romano, situado en Humboldt y Artículo 123, tenía 20 cuartos ocupados, la mayor parte de ellos con becarios de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Quedó totalmente destrozado, ninguno de sus huéspedes se encuentra aún en la lista de sobrevivientes.

El Hotel Versalles, en la calle Versalles, se vino abajo en su totalidad.

El Hotel Principado, en José María Iglesias, cercano al Monumento a la Revolución, tenía más del 60% de sus cuartos ocupados. Se declaró un incendio que aún persiste. No ha sido posible siquiera iniciar las tareas del rescate.

Cayó el Hotel de Carlo, vecino del Principado, con 50% de ocupación. Hasta el momento no se ha iniciado el rescate.

Dos hoteles en el sur: el Finisterre, de Calzada de Tlalpan casi esquina con Taxqueña, sufrió el colapso de dos de sus pisos. Amenaza con desplomarse totalmente y en su caída llevarse el paso peatonal que cruza la calzada de Tlalpan hacia el Metro Taxqueña.

Los que no llegaron a derrumbarse, pero ameritan la evacuación son el Hotel Ambassador en la calle Humboldt, el Hotel del Prado en la Avenida Juárez y los hoteles Presidente y Chapultepec en la Zona Rosa.

A medida que avanza el día se acumulan los desastres. Las consecuencias son inimaginables.

México rechaza la ayuda exterior

A raíz de su primer recorrido, Miguel de la Madrid declara a la prensa: «Estamos preparados para atender esta situación y no necesitamos recurrir a la ayuda externa. México tiene los suficientes recursos y unidos, pueblo y gobierno, saldremos adelante. Agradecemos las buenas intenciones, pero somos autosuficientes».

El embajador mexicano en Washington, Espinosa de los Monteros, declaró: «Solitos vamos a salir. México es más grande que sus problemas».

Ya no, Dios mío, ya no

El 20 de septiembre, a las 7:39 de la noche, un nuevo terremoto de 5.6 grados en la escala de Richter sacude a la Ciudad de México. La gente se hinca en la calle. «¡Ya no, Dios mío, ya no!», escucha Marta Anaya en la avenida Cuauhtémoc. Los voluntarios y rescatistas salen aterrados de los

derrumbes en los que estaban ayudando. Una multitud avanza desesperada sin saber cómo ni a dónde en una espantosa caminata.

A las 21:20 la gente está buscando dónde dormir; bancas, parques, camellones.

Después de este segundo terremoto, el presidente Miguel de la Madrid dirige un mensaje a los mexicanos por televisión:

La tragedia que nos azotó el día de ayer ha sido una de las más graves que ha resentido México en su historia. Hay cientos de muertos y lesionados. Todavía no tenemos cifras precisas ni completas. Aún hay atrapados en muchas construcciones, que no hemos podido rescatar.

Frente al siniestro se han producido no sólo actos de extraordinaria solidaridad por parte de los distintos sectores de nuestro pueblo, sino actos que merecen plenamente el calificativo de actos de heroísmo que mucho honran al pueblo de México.

Es más, todavía hace una hora, hora y media, tuvimos un nuevo temblor de menor intensidad y duración que el de ayer, pero que sigue provocando incertidumbre, miedo, inquietud.

El gobierno de la república y los gobiernos de los estados hemos reaccionado al máximo de nuestros esfuerzos y capacidades. Infortunadamente —lo tengo que reconocer— la tragedia es de tal magnitud que nos ha rebasado en muchos casos. No podemos hacer lo que quisiéramos con la rapidez que también deseamos, sobre todo para rescatar vidas.

Frente a este cuadro de tragedia y tristeza, nos estimula la actitud de la ciudadanía a través de sus distintas organizaciones y en lo individual...

Según *El Universal*, los lesionados registrados en puestos de emergencia son 7 160 y más de 100 mil personas que abandonaron sus hogares se encuentran a la intemperie. En tanto que el subsecretario de Gobernación, Fernando Pérez Correa, reconoce únicamente dos mil muertos, Locatel registra veintiocho mil personas desaparecidas.

30 mil damnificados en más de 30 gimnasios y locales convertidos en albergues.

Los muros del Colegio Juan Bosco, detenidos con alambres, dice Carlos Álvarez H., mataron a la maestra de química y a sus 25 alumnas. Los padres de familia y algunas alumnas habían denunciado las malas condiciones en que se encontraba la escuela. De las 50 alumnas, la mitad logró salir, y la otra mitad murió al buscar protección alrededor de su maestra.

La escuela Centenario del Himno Nacional se vino abajo, reporta el *Unomásuno*. Quedaron atrapados una maestra y muchos niños. A la maestra la sacaron sobre una tabla.

En el Hospital General murieron sepultados, en la Unidad de Ginecología, 35 jóvenes médicos cuando desayunaban, y más de 100 pacientes, informa *Novedades*. Una enfermera que se niega a dar su nombre salió de turno en Pediatría momentos antes del temblor. Detenida en la calle vio cómo se precipitaban al vacío, por las ventanas reventadas, varias cunas con bebés adentro.

Frente al Centro Médico una larga fila de rostros demudados aguarda turno para preguntar por sus familiares.

Ingresaron 116 lesionados graves a la Cruz Verde en Xoco. El Hospital Balbuena pide que no le envíen más heridos.

Sacaron con vida esta mañana a 40 personas que llevaban más de 24 horas sepultadas.

Estimaciones extraoficiales señalan que aún podrían estar atrapadas casi tres mil personas en el 90% de los aproximadamente 300 edificios que se derrumbaron en el centro del Distrito Federal y en las colonias Roma, Guerrero, Morelos y Doctores, entre otras.

Más de mil cadáveres rescatados entre los escombros, según *La Jornada*. La televisión estatal informó que tan sólo en la colonia Roma hay 1 500 muertos. Las funerarias se declaran insuficientes.

En San Camilito, donde duermen los mariachis, la mayoría de las viviendas estaban ocupadas, todos los músicos acababan de acostarse.

Los féretros forman fila en el pasillo del velatorio del ISSSTE, y en los de Jardines del Recuerdo, San Lorenzo Tezonco, Parque Memorial y el Civil de Dolores.

La Secretaría General de Protección y Vialidad informó que se habían rescatado 6 299 cadáveres y en el Servicio Médico Forense hay 700 cadáveres. Se extrajeron 35 muertos del edificio de la calle de Ahorro Postal 14.

De la Secretaría del Trabajo rescataron a 22 personas con vida, ocho muertos; hay 50 desaparecidos. En las delegaciones Cuauhtémoc, Venustiano Carranza, Benito Juárez e Iztacalco están los cuerpos. Allí deben acudir a identificarlos, a las 36 horas serán inhumados en fosa común.